

La voz del volcán

Heráclito decía que los hombres, en su sueño, trabajan y colaboran en los acontecimientos del universo. Esta idea no es sólo una bella formulación del acto onírico sino que, en algunas culturas, es un hecho verídico; entre esas culturas se encuentra el mundo campesino que no ha roto completamente sus relaciones con las viejas creencias y costumbres indígenas. Aquí, la imagen soñada ha tendido puentes y creado pasadizos entre el sueño individual y la vida colectiva; estos pasajes han hecho posible un intercambio entre el mundo del sueño y el de la vigilia, tráfico cuyo contenido esencial es la comunicación entre el mundo de lo sagrado y el mundo de lo profano. Esto es lo que acontece en algunas comunidades agrícolas que rodean a los volcanes; en ellas, el sueño es una dimensión espiritual en la que se ha recreado, a lo largo de los siglos, una antigua tradición mesoamericana que encontraba en las imágenes oníricas no meras fantasías, sino revelaciones divinas, signos premonitorios, viajes al inframundo o métodos terapéuticos y de adivinación.

Los sueños tuvieron una gran importancia en las antiguas culturas de oriente y occidente y en el mundo indígena anterior al contacto con Europa. Es una desgracia que en los colonizadores españoles de los siglos XVI y XVII haya pesado más la obstinación medieval por conquistar las almas que la comprensión renacentista que conduce a la convivencia con las creencias ajenas. ¿Debo recordar que la conquista espiritual significó el saqueo de los templos, la persecución de los sacerdotes, magos y curanderos, la mutilación de los dioses y la destrucción por el fuego de códices y libros sagrados? Toda una cosmovisión fue humillada, castigada y reducida al silencio, al acto clandestino y a la intimidad del sueño. En esa brutal destrucción, digna de los mejores momentos de la sociedad occidental, perecieron por la guerra, el trabajo o la enfermedad millares de hombres, poblaciones enteras fueron removidas bajo nuevos proyectos y ambiciones, la hierba y el olvido crecieron en los antiguos templos y adoratorios. Un nuevo modo de entender la sacralidad se abrió paso en la mentalidad indígena, pero el cristianismo estaba germinando dentro de una concepción religiosa que aportaba sus propios nutrientes. Así, aunque el propósito evangelizador haya sido arrancar de raíz a las antiguas deidades de la memoria colectiva, el resultado de la predicación cristiana fue más un injerto que una amputación.

Entre lo mucho que se perdió en aquel entonces estaban los "libros de los sueños", de cuya existencia hoy sólo tenemos algunas escuetas referencias, como la de fray Bartolomé de las Casas, que escribió: "Muchas cosas hacían o dejaban de hacer por los sueños, en que muchos miraban, de los cuales tenían libros, y lo que significaban, por imágenes y figuras. Interpretábenselo los sacerdotes o maestros que tenían aquel oficio." Al lector e intérprete de esas imágenes se le llamaba *temiquixmiati* "el conocedor de los sueños" o *teminamictiani* "el intérprete de los sueños". La sabiduría de estos hombres no residía únicamente en sus conocimientos interpretativos, sino en ser ellos mismos poderosos soñadores (*temiquini*) capaces de trasladarse a lugares inaccesibles a la gente común, hombres cuya mirada de noche podía penetrar el mundo sagrado y descifrar los más oscuros enigmas.

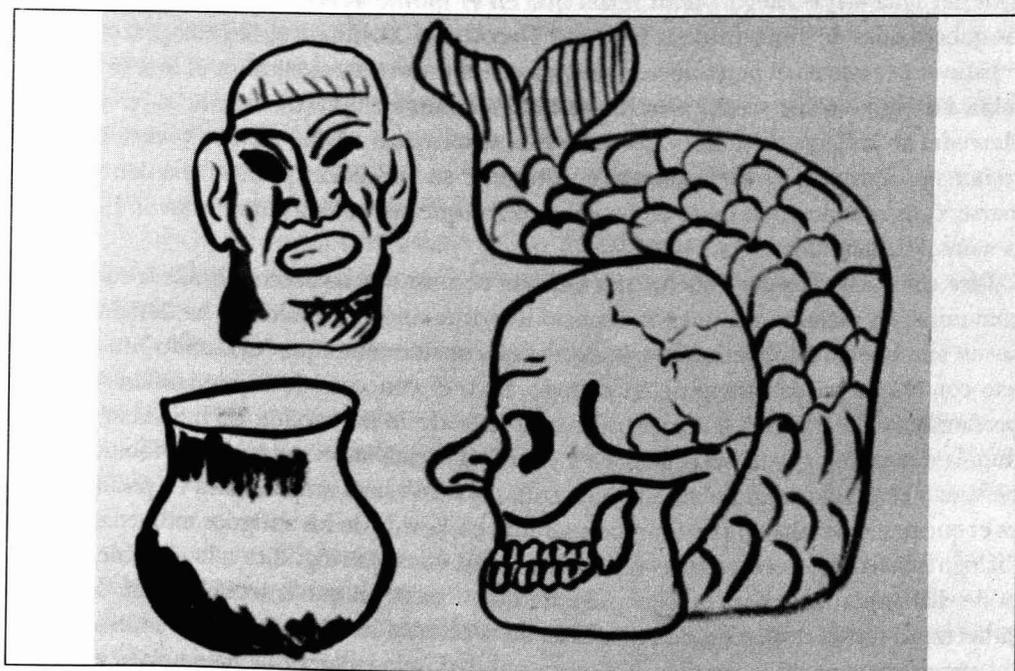
En las faldas del Popocatepetl y la Iztaccíhuatl existen algunos *temiquini*, personas que han sido elegidas por los volcanes para establecer con ellos un vínculo de colaboración en la generación anual de las lluvias. Los sueños de estos hombres y mujeres, llamados *tiempe-*

ros o conjuradores, son recintos del pensamiento en los que se manifiesta lo sagrado, son espacios intemporales en los que surgen los volcanes personificados en una mujer blanca, en un anciano o en un hombre montado a caballo para solicitar del iniciado su participación ritual en la creación de los buenos temporales. Estos personajes son los propios volcanes transfigurados, es decir, no son una representación de los volcanes en el sueño, al modo de un actor, sino una transposición de los volcanes al sueño. Es esto justamente lo que otorga a la experiencia onírica su carácter de experiencia religiosa.

El mundo campesino no es un mundo desacralizado como el nuestro, no es un mundo en el que la naturaleza haya sido plenamente entregada a la sensibilidad de aluminio que predomina en la mentalidad tecnologizada. Ahí existe la posibilidad de concebir a un volcán como una hierofanía, es decir, como una montaña en la que se manifiestan lo sagrado y con la cual es posible tener un intercambio benéfico mediante un trato ceremonial. En nuestra cultura resulta difícil pensar que se le pueda rendir culto a una planta o a una montaña porque no comprendemos que esa planta o esa montaña son hierofanías, que se les rinde culto no por ser plantas o montañas sino por que en ellas se revela lo sagrado, porque son un asiento de la divinidad y es esto precisamente lo que las transforma en sagradas, lo que las distingue entre otras plantas y montañas. Toda hierofanía contiene una paradoja que consiste en que un objeto, al manifestar lo sagrado, se convierte en otra cosa sin dejar de ser él mismo, ya que continúa formando parte del mundo que lo circunda como un objeto más. Un volcán sigue siendo un volcán, pero para quien aquel volcán se ha revelado como sagrado, su realidad inmediata se ha transformado en realidad "sobrenatural" o, para decirlo de otra forma, su naturaleza se expresa más allá de sí misma desde el momento en que se ha transformado en un recinto de lo sagrado.

El sueño es el inicio de un trato ritual con los volcanes y el origen de un singular diálogo con la naturaleza y con los poderes místicos que la habitan. Para que este diálogo pueda iniciarse, la persona elegida debió haber sido "señalada" previamente con la caída de un rayo en su propio cuerpo o a una distancia muy cercana. Esta señal es al mismo tiempo una distinción y una advertencia: la persona que ha sido tocada por el rayo —así lo establece la tradición— en algún momento de su vida recibirá revelaciones en sus sueños que le confirmarán que ha sido "exigida" por los volcanes para trabajar con ellos; si la persona se rehusa corre el riesgo de ser castigada por los propios volcanes con alguna enfermedad o morir fulminada por un rayo y trasladarse "a lo alto" a trabajar con el temporal.

Cuando a una persona "le llega el sueño", es decir, cuando en sus sueños aparecen los volcanes, la virgen, Cristo o unos niños pequeñitos que recuerdan a los antiguos tlaloques, esa persona está siendo iniciada como especialista en el manejo mágico del tiempo. En el



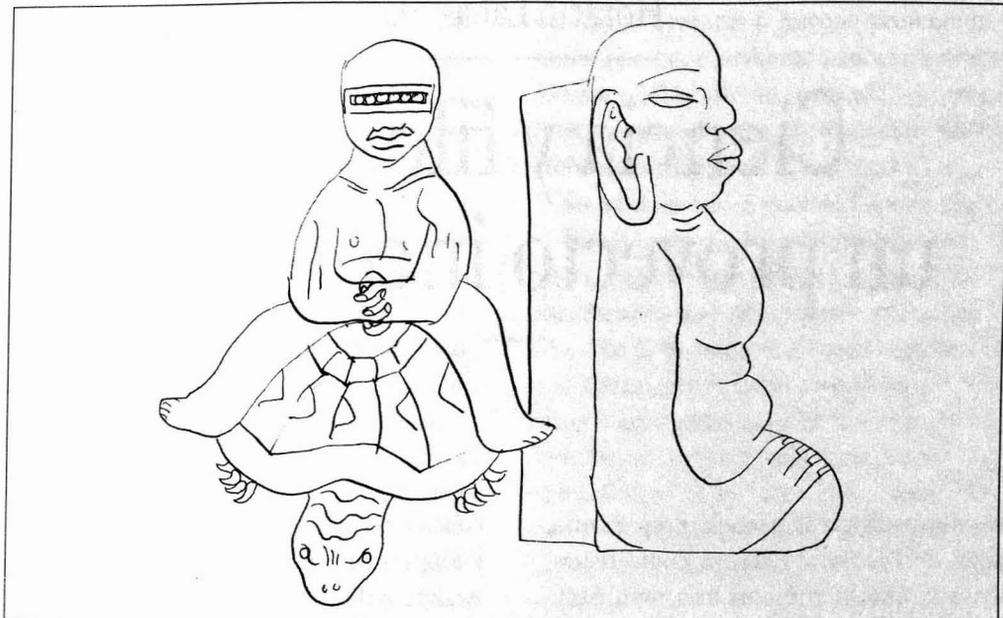
sueño recibirá instrucciones de lo que habrá de ofrendar a los volcanes, los lugares que deberá visitar y los momentos en que habrá de hacerlo, las palabras que tendrá que pronunciar y el modo como habrá de entenderse ritualmente con ellos.

Una vez recibido en sueño, esa persona está en disposición de responder a la divinidad y a la naturaleza en la que esa deidad se manifiesta. Su sueño ha sido reconocido por la comunidad como una revelación, como un anuncio "de allá arriba", por tanto, la respuesta no es exclusivamente individual, sino colectiva, aunque siempre dirigida y cuidadosamente vigilada por la persona "endonada". Entonces se realiza una procesión en la que se asciende a cerca de cuatro mil metros de altura para ofrendar comida, bebida, vestido y objetos santuarios a los volcanes con el fin de establecer con ellos un intercambio ceremonial. Con este ofrecimiento, al mismo tiempo que se le agradece a los volcanes por los beneficios recibidos, entregándoles como ofrenda lo que ellos en sueños solicitan, se les compromete a renovar el don de la lluvia y la fertilidad desde el momento en que ellos aceptan la oblación.

A partir del momento en que el chamán entrega la ofrenda espera una respuesta en el cielo, en la disposición, la densidad y el color de las nubes, en la fuerza de los vientos y en la temperatura del ambiente. Si la respuesta del tiempo es favorable esto indica que el ritual estuvo bien efectuado, que la ofrenda fue aceptada íntegramente, que sus peticiones fueron escuchadas, y lo más importante, que no hubo intromisión alguna de otro chamán para hacer "maldades" en el trabajo efectuado. Pero si la respuesta no es favorable, es decir, si las lluvias no son suficientes o son demasiadas, si el granizo y las heladas han afectado los cultivos y los huertos, si el viento ha dañado las flores, entonces esto se debe a la descomposición de su ofrenda, a que alguien ha quitado un objeto o ha introducido un elemento ajeno a ella, pues la ofrenda no es sólo un don sino también una disposición mágica para propiciar las lluvias y los climas favorables. Entonces el tiempero sueña con este desorden, que pone en riesgo los cultivos y su prestigio como conjurador, y acude al lugar donde colocó la ofrenda para reordenar, para recomponer lo que había hecho anteriormente.

El sueño y la ofrenda son dos momentos culminantes en la relación del tiempero con los volcanes. En el sueño el volcán revela sus necesidades, carencias y gustos, pide de comer mole o tamales, a veces pide música o ropa, necesidades que son satisfechas por el tiempero en la ofrenda; pero el acto de la oblación es al mismo tiempo el momento en que el tiempero revela al volcán sus necesidades personales y las de su comunidad, pidiéndole salud, protección, buenas cosechas o favores muy específicos como encontrar un animal perdido o el cuidado de algún familiar que se encuentra trabajando en los Estados Unidos. Sabemos que esta correspondencia tiene una larga tradición en las culturas mesoamericanas, que los sacerdotes y gobernantes entregaban abundantes mantenimientos a los dioses y en particular a los del agua —fray Diego Durán relata que en el monte Tláloc la comida entregada por los gobernantes de Tenochtitlan, Texcoco, Tlacopan y Xochimilco, llenaba prácticamente el patio— y es que en el pensamiento religioso de los antiguos mexicanos el hombre se concebía a sí mismo como sustentador de los dioses, como ejemplarmente nos lo ha mostrado Mercedes de la Garza en su libro *El hombre en el pensamiento religioso náhuatl y maya*. Dormir y comer son actividades cotidianas que no obstante su condición profana pueden transformarse, consagrándose, en parte de un ceremonial que permite la comunicación fluida con la naturaleza deificada.

Dice con razón Tzvetan Todorov que nuestra cultura nos ha acostumbrado a concebir la comunicación exclusivamente en su aspecto interhumano y que ello nos ha llevado a adoptar un sentimiento de superioridad desde el cual consideramos que "el mundo" no es un sujeto con el cual pueda sostenerse un diálogo. Pero el concepto de comunicación sería más productivo, dice Todorov, si comprendiera, al lado de la interacción de individuo a individuo, la que tiene lugar entre la persona y el grupo social, la persona y el mundo natural, la persona y el mundo religioso. Este tipo de comunicación, más amplia y rica en posibilidades, es el que desempeñaba un papel preponderante en la vida de los antiguos indígenas. En ese diálogo milenario con el mundo reside una actitud ética que dignifica a la naturaleza y esto es de vital importancia para una cultura como la nuestra, en que la tecnología ha devastado la tierra, en que el desarrollo desenfrenado de la técnica ha degradado a los mundos mineral, vegetal y animal reduciéndolos a la pura utilidad, una cultura que ha pensado y actuado



sus formas de vida contra la esencia de la naturaleza, violentándola permanentemente sin otorgarse la posibilidad de permanecer, simplemente permanecer, a su lado.

Somos descendientes de estas dos formas de comunicación y únicamente hemos atendido a una de ellas, la que se inició en estas tierras cuando Cortés y sus soldados únicamente vieron en el Popocatepetl un depósito de azufre, opción que culminaría en los años veinte de este siglo con una desgracia provocada por la estupidez de una empresa azufrera que tuvo la ocurrencia de dinamitar el cráter para incrementar su extracción. A contrapunto con esta manera exclusivamente utilitaria de mirar las cosas está la de los campesinos de la región, quienes también saben servirse de la naturaleza, sólo que algunos de ellos, en lugar de escuchar una explosión de dinamita, escuchan la voz del volcán. En seguida transcribo el diálogo que en sueños tuvo con la Iztaccíhuatl un tiempiero que vive en las faldas de los volcanes, diálogo que muestra la correspondencia y la generosidad entre un hombre y una montaña:

Veía yo una muchacha bonita, güera, bien a todo dar, y a veces la veía yo medio morenita, pero casi nada. Y platicaba yo con ella y la iba ya a alcanzar. Y cuando llegué allí, donde caía el agua, había un zaguán y tocaba yo...

—¿Quién?

—Yo jefa... yo soy, su hijo de usted.

Es un zaguán grande y se abre. Aparece La Volcana y me dice:

—¡Ay hijo! ¿qué andas haciendo? ¡pásale!

—Sabe qué jefa, le traigo a usted estas manzanas. ¡Pero unas manzanas chapeadas! Bonitas manzanas que llevaba yo. Y le digo:

—Yo compré una falda, compré su ropa, a ver si le viene a usted, y si no le viene mejor me lo llevo, a ver si me lo cambian. Y dice:

—Sí, hójole, si me viene. Qué bueno que te acordaste, qué bueno que supiste mi número. Sí, es mi talla, mira, ¿cómo me veo, me queda o no me queda?... ¿Y tu gente por qué no viene?

—Pues es que están ocupados —le digo— pero yo me dí una escapadita. La vine a ver a usted siquiera.

—Mira hijo —me dice— ya que te vas llévate esto. Y veía yo que me regalaba hartas calabacitas, hartas naranjas de las buenas, cosas de lo mejor, y decía:

—Éste lo llevas para tus hijos, esto para tu mujer y ahí les compartes a los que te acompañan.

Y veía yo que me regalaba como un chiquihuite. Y repartía y repartía yo y hasta me sobraba. Y lo comemos y le seguimos comiendo y no se acaba. Y luego les doy aparte para que lo lleven y todavía tengo harto. Como que abunda, como que no rebaja la voluntad que me dio.◇